

LA ACADEMIA CALASANCIA

Fundador: Rdmo. P. Eduardo Llanas, escolapio

CONSULTOR DE LA SAGRADA CONGREGACIÓN ROMANA DEL ÍNDICE



Al Santo Padre y Patriarca

SAN JOSÉ DE CALASANZ

Sacerdote Español, Alumno esclarecido de las
Universidades de Lérida, Valencia y Alcalá de Henares,

Doctor en Teología y Ambos Derechos,

Teólogo Consultor de varios obispados,

Vicario eclesiástico de Argel,

Padre de los pobres, auxilio de los huérfanos,

Bienhechor de sus enemigos y perseguidores,

Pacificador de civiles discordias,

Nuevo Job de la ley de gracia, Mártir del Claustro,

Fundador de las Escuelas Pias,

Vivió 91 años, 11 meses y 4 días.

La Academia Calasancia

Sección oficial

El día 27 del actual la *Academia Calasancia* se unirá á la Reverenda Comunidad de Padres Escolapios del Real Colegio de San Antón para celebrar la fiesta religiosa del gran Patrono de la *Calasancia* y fundador de la Escuela Pía, San José de Calasanz.

Por la mañana de dicho día se cantará á las diez solemne oficio, panegirizando las glorias del Santo Patriarca el Rdo. Dr. D. Santiago Estebanell, párroco de la Bonanova y acreditado discípulo de este Colegio.

Por la tarde terminará la novena y demás piadosos ejercicios dedicados al Santo, estando encargado del sermón el elocuente orador Reverendo P. Rafael Oliver, Sch. P. de esta Comunidad.

La Junta Directiva invita á los Académicos para que se unan á ella, acudiendo á los expresados actos religiosos.

Barcelona 15 de agosto de 1908.

El Presidente accidental,
L. TINTORÉ RODRÍGUEZ

El Secretario,
CARLOS ZIEGLER Y NEGREVERNIS

SAN JOSÉ DE CALASANZ

LA EDUCACIÓN CRISTIANA

La intención general aprobada y bendecida por Su Santidad para el Apostolado de la Oración durante el presente mes, reza así: *La educación cristiana*, y al leerla se asoció en seguida en mi mente la idea de *S. José de Calasanz*, que yo no sé pensar en éste sin aquélla, ni cabe concebirla completa en el orden de los tiempos, sin la grandiosa figura calasancia.

Cierto que la educación cristiana germina por primera vez en el Evangelio, que el primer educador de la humanidad fué Jesucristo, que todo el sistema educativo se halla en las Sagradas Escrituras, pues de no ser así S. José de Calasanz no tendría la importancia que con su obra ha alcanzado, ya que siendo las Órdenes Religiosas, según el sentir justísimo de Balmes, «sociedades de cristianos que viven reunidos bajo ciertas reglas, con el objeto de poner en planta los consejos del Evangelio», en éste inspiró S. José de Cala-

sanz las instituciones de su Escuela Pía, y sólo desde entonces se completó la grandiosa obra de la educación cristiana.

No quiero decir con ello que hasta entonces no existiera dicha educación y que desde entonces sea ella privativa de la Escuela Pía, pues una y otra hipótesis quedan contradichas con la labor educativa, constante de la Iglesia de Cristo; pero sí afirmo rotunda y categóricamente que á la Escuela Pía corresponde dentro de la Iglesia, de una manera especial, dicho magisterio, como á los Dominicos atañe la predicación, á los Mercedarios la redención de cautivos, á los Jesuítas la propagación de la fe, etc.

Y el hecho está explicado por la naturaleza propia de cada Instituto religioso y por lo que éstos son respecto á la Iglesia. Nadie considera á las Ordenes Religiosas necesarias intrínsecamente á la Iglesia: la razón nos lo dice y la Teología lo declara que la Religión existiría sin ellas; pero también es verdad inconcusa que las Ordenes Religiosas son de una importancia grandísima para los fines de la Iglesia, y por ello ésta las ha mirado siempre como las niñas de sus ojos, como el *sancta, sanctorum* de sus enseñanzas, como la vanguardia del ejército del Señor, como la porción escogida entre los llamados y elegidos.

Son las Ordenes Religiosas auxiliares y cooperadoras insustituíbles para que la Iglesia pueda cumplir su fin en el vasto campo que le está encomendado, y cuando hay que atender con diligencia y cuidado preferentemente á una de las múltiples manifestaciones de la actividad religiosa, entonces Dios elige á un siervo suyo para que á ella se dedique, mediante la creación de un nuevo Instituto.

El nacimiento de la Escuela Pía cumple esta ley providencial inmutable. S. José de Calasanz compadecido, contristado ante el espectáculo que ofrecía la niñez de su tiempo, errante por las calles, vagabunda por las plazas, sin que nadie cuidara de su educación é instrucción, recibió del Altísimo la misión de cumplir el precepto evangélico de que los niños se acercaran al Señor, y aun cuando la humildad del Santo hacía que se considerara indigno de ser fundador de

una nueva Orden y en alas de esta humildad incitó á otros Institutos Religiosos, ya establecidos, para que miraran por la niñez, contestándole unos, como los hijos de Santo Domingo de Guzmán, que era otra su misión digna de todo elogio, y otros, como los Padres de la Compañía de Jesús, que no podían entretenerse en la enseñanza de la niñez, no pudo nuestro Santo resistir por más tiempo á los divinos llamamientos, y en nombre de Dios abrióse en Roma, el año 1597, la primera Escuela Pía.

Desde entonces las Escuelas Pías han cumplido de tal suerte su misión, que ellas sintetizan el magisterio sublime de la enseñanza, que tiene la Iglesia por institución divina, y que quiso Dios vincular en un Instituto Religioso, y por esto valióse de San José de Calasanz para que lo fundara.

Yo no sé si mi ardorosa vocación por la enseñanza, si mi profesión y mis inclinaciones de siempre á la instrucción, ó si mi admiración profunda, completa, absoluta, inquebrantable hacia la Escuela Pía, ciegan mi inteligencia para dar luz á la pasión y, apasionado, considero á la Orden Calasanciana, como la institución más grande de los tiempos modernos, como la falange más fuerte de la Iglesia, como el muro más sólido para el orden social. Será apasionamiento, tal vez, esta creencia mía acerca del Instituto, con cuya carta de hermandad me honro, pero algo de verdad debe haber en ello cuando del lado de acá son muchas las Ordenes Religiosas que se dedican á la enseñanza, sin que tengan para ello especial misión, ni sea ésta su objeto propio, y cuando del lado de allá, los sectarios y contrarios á la fe se esfuerzan en fundar centros de enseñanza. Triste y palpable prueba nos han dado de ello los ácratas de nuestro Municipio con el reciente *Presupuesto de cultura*.

Y es porque unos y otros, nosotros y ellos, ven lo que la clarividencia, el genio del Dr. Calasanz comprendió al esforzarse en fundar su obra. Para que la sociedad sea católica ó antirreligiosa, para dominar Cristo ó Luzbel, es de positivos é insustituíbles resultados ir á los niños, en vez de acudir á los hombres, porque aquéllos son como la cera, que se adapta

á cualquier molde, y si en la infancia se forma el corazón y la inteligencia de la niñez en los santos principios de la educación cristiana, aquellos niños de ayer, hombres mañana, formarán la sociedad; la animarán con alma pura, y en ella presidirá el santo temor de Dios, y de la moral y la de justicia será el reino, mientras que si se arranca del espíritu infantil toda idea religiosa ó se pretende que el niño forje, al ser adulto, la religión á su manera, entonces la sociedad llevará en su seno el cáncer que la aniquilará y la iniquidad dominará en ella.

No es necesario para ensalzar la obra de San José de Calasanz tener en cuenta su causa final, su fin primordial y último, cual es el de dar almas al cielo, sino que mirada dicha institución de tejas abajo, en el orden meramente humano, es obra gigantesca, admiración de los siglos y de las gentes.

Antes de S. José de Calasanz no había quien mirara con predilección á los niños, y los llamara á lugares santos para educarlos cristianamente. La función social de la enseñanza era de orden puramente privado, y los que tenían medios pecuniarios para sostener un maestro, aquéllos eran los únicos que ilustraban su inteligencia y educaban su corazón. José de Calasanz hace de la enseñanza un voto religioso, considera á la niñez como la porción de la humanidad puesta por Dios bajo su cuidado y entonces se fundan las primeras escuelas públicas, y desde entonces subsisten con tal carácter las Escuelas Pías, en las que no se pregunta al niño por su fortuna, ni se escudriña si podrá pagar emolumentos, porque los Escolapios ejercen noblemente la profesión de enseñar, no la industria de la enseñanza. Verdad es que á sus aulas acuden niños que dan cierto estipendio, pero éste sirve precisamente para el sostenimiento de las clases de los pobres, que los Escolapios lo son y son hombres que necesitan vivir. Los ricos, los acomodados, los que pueden, llevando sus hijos á las Escuelas Pías no sólo cumplen con los deberes de la paternidad, que les impone den á sus hijos sana enseñanza y educación cristiana, sino que cumplen con los deberes so-

ciales de ayudar á los necesitados, á los menesterosos, á los desheredados de la fortuna, cuyos hijos no podrían tener aquella educación si no fuera por el estipendio de aquéllos. Y he aquí cómo la Religión distribuye equitativamente los bienes del espíritu haciendo que unos mismos profesores, con unos mismos métodos y en unos mismos edificios alimenten el espíritu de los pobres y el de los ricos con un mismo manjar, de suerte que la igualdad potencial sea un hecho y lo mismo puedan alcanzar lugares distinguidos los unos y los otros y, desde luego, todos conozcan exactamente los deberes religiosos, morales y sociales, que es precisamente lo que nos hace más falta en estos tiempos en que andamos sobrados de derechos.

Y todo ello y otras muchas consideraciones que podría hacer en alabanza de la obra de S. José de Calasanz, tiene su explicación por el ideal que persiguen las Escuelas Pías, sintetizado en el lema «Piedad y Letras» que sustentan, ó sea la instrucción bajo la base de la educación cristiana. Lo de menos es que sean sabios los Escolapios, á pesar de que entre sus hijos los ha habido de primer orden, lo de menos es que hagan sabios, y esto que se cuentan por miles los salidos de sus aulas, pues lo esencial en las escuelas es la educación que en ella puedan recibir sus asistentes. Páginas enteras podría llenar con citas de hombres pertenecientes á todas las confesiones, á todos los sistemas, que exigen para los niños, primero y principalmente, una educación esmerada, y ésta no existe ni puede existir si no es cristiana.

Con la educación cristiana, basada en el santo temor de Dios, teniendo por único código y libro el Catecismo, manual perfecto é insustituible en el que se encuentran todos los principios que regulan el orden social, se forman los entendimientos, se amansan las pasiones y se dirigen los corazones. Una nación que respete á sus maestros, una sociedad que venere á los preceptores, es un pueblo que nada ha de temer, y si esos maestros son como los Escolapios, que en su persona encarnan el carácter de sacerdote y el de educador y ejercen verdaderamente el sacerdocio de la enseñanza, enton-

ces no hay que caer en pesimismo, pues los hombres educados en las Escuelas Pías necesariamente serán provechosos á la patria. Así lo entienden los ricos y los pobres llevando sus hijos á los Colegios de Escolapios, y por esto es hermoso y consolador el espectáculo que ofrecen en el mes de septiembre dichos centros de enseñanza con la afluencia de padres que piden plazas para sus tiernos infantes.

¡Lástima grande es que por falta de medios no pueda extenderse más la acción social de la Escuela Pía! Los Escolapios se esfuerzan, cuanto saben y pueden, para esparriar la semilla de la educación cristiana y de la más completa instrucción basada en aquélla; pero, á pesar de trabajar noche y día, son insuficientes sus grandes edificios para contener el número de niños cuyos padres solicitan plazas. Éstos salen contrariados, apesadumbrados porque no pueden dar á sus hijos el pan espiritual, como ellos deseaban; pero más apesadumbrados quedan los celosos hijos de S. José de Calasanz al tener que negarse á admitir á un nuevo infante. ¡Si ellos pudieran!...

Yo desearía que los hombres encargados de la administración de la cosa pública pudiesen hacerse cargo, dejando sectarismos á un lado, de que no necesitan mandar maestros al extranjero, para que aprendan, antes de enseñar, de que no hace falta formar maestros, sino aprovechar los que tenemos, tan excelentes como los primeros entre los primeros, dándoles medios para procurar la difusión de la enseñanza. La instrucción pública en España estuvo durante bastantes años y en tiempos calamitosos para nuestra patria, encargada á los Escolapios, mejor dicho, los Escolapios eran casi los únicos que educaban é instruían á nuestros ascendientes, y á la obra de la Escuela Pía se debe no sólo el que España no olvidara lo que es una escuela, sino que continuara reinando la religiosidad tan proverbial de nuestro pueblo, y en nuestros días se encuentran los verdaderos pedagogos entre los que visten la sotana escolapia.

Honremos, pues, en su fiesta al Santo Educador, al Pedagogo ilustre, que para la educación cristiana de la niñez fundó

la Escuela Pía, y veneremos á ésta como la institución más grande, admirable y fecunda para la formación intelectual y religiosa de los niños.

COSME PARPAL Y MARQUÉS.

LA PROMESA

I

En un vetusto palacio,
que en Roma es de los primeros,
con vistas á estrecha calle,
hay un angosto aposento,
y pegado á la pared,
como desechado objeto,
más que se ve, se adivina
un humilde y duro lecho.

Sobre éste yace tranquilo
y con el rostro risueño
un anciano venerable
que ora mirando al cielo.

Junto al lecho mortuario
llegan con pasos inciertos,
por no turbar la oración
de aquel estimado enfermo,
unas sombras que anhelantes
buscan con ojos inquietos
una señal de esperanza
entre signos de silencio.

Son sus hijos. De aquel hombre
que es su padre y su ángel bueno,
quieren escuchar palabras
de ternura y de consuelo;
que aquellas últimas frases
envueltas en el misterio
con que la muerte las cubre,
han de ser su testamento
y darles fuerza y valor
para luchar con denuedo
con potentes enemigos
que se afanan por perderlos.

No importa que en Roma mismo,

que es del cristianismo centro,
se hayan levantado inicuos
los grandes y los pequeños,
desde las clases más altas
hasta las heces del pueblo,
para infamar la memoria
de aquel admirable viejo.

No importa que su grande Obra,
que lleva de Dios el sello,
sea atrocemente atacada
por las furias del infierno;
que sobre ella ruja ingrata
la tempestad de los celos,
que se agiten con pasión
envidia, rabia y despecho.
La obra de Calasanz
tiene profundos cimientos
y Dios con pródigo amor
la defiende desde el cielo.

II

—Muy cercano está á la muerte
nuestro Padre General—
repetían azorados
los hijos de Calasanz.

—Ruge fiera la tormenta,
brama inicuo el huracán,
y de nuestra endeble barca
abierta la quilla está.
Si de esas olas gigantes
persiste el odio infernal,
sin el experto piloto
¿quién la nave va á salvar?—
Así sollozando claman

mientras agrupándose van
en torno el mísero lecho
donde un hombre muere en paz.

Los ve el santo Patriarca,
y su dolor al notar,
les dice con voz sumisa,
que más no consiente el mal:

—No lloréis, hijitos míos,
si parto á la eternidad;
que Dios y su santa Madre
no os olvidarán jamás.

Yo muero, pero no os dejo,
que entre sus hijos está
el padre que bien les ama
para bendecir su afán.

Voy á partir, pero antes
mis palabras escuchad
que os darán dulce consuelo
y fuerzas para luchar.

«Veis postrada nuestra Orden,
aniquilada quizás;
no queda de su grandeza
más que un recuerdo ideal.

Pero tened fe, hijos míos,
en la divina bondad,
que después de mi partida
la Orden florecerá;
que si de Dios las palabras
nunca desfallecerán,
las promesas de María
tampoco faltan jamás:
y María nuestra Madre
hoy me ha dicho:—Calasanz,
la obra que tú fundaste
obra es de Dios; muere en paz.

Mientras en el mundo existen
la ignorancia y la orfandad,
y la infancia desvalida
pida quién le parta el pan;
tu obra, Calasanz mío,
en los pueblos vivirá:
tenéis mi Nombre; y mi Nombre
es de victoria señal.

Di á tus hijos que no teman;

que no sucumban jamás;
que tengan fe inquebrantable
en mi materna bondad;
díles que esta es mi promesa
que de manera formal
ante tu lecho de muerte
su dulce Madre les da.»—

III

Ha muerto ya el Patriarca
dejando inmenso vacío
que no aciertan á llenar
sus atribulados hijos;
mas ellos trabajan y oran
y desbrozan el camino
que en la tormenta pasada
obstruyera el enemigo.

Siempre con la fe en su pecho
y con ardor siempre vivo
se han lanzado á la pelea
con el auxilio divino;
y ven cómo se levanta
en el horizonte umbrío
la luz de una nueva aurora
y de un nuevo sol el brillo,
y sienten de Calasanz
la bendición y el auxilio
y de una Madre el amor
que á sus penas trae alivio,
y se asombran al mirar
cómo sube el edificio
á impulsos de la promesa
que del cielo han recibido.

Pasan veloces los años,
vuelan rápidos los siglos,
se sumergen institutos
del no ser en el abismo;
y en medio de esos vaivenes
y en medio de esos peligros,
entre la horrible tormenta
del odio que ruge impío;
la Obra de Calasanz,
inmortal como Dios mismo;
en fuerza de la promesa

que una Madre dió á sus hijos,
vive lozana y hermosa
y siempre con mayor brillo,

entre el amor de los buenos
y el odio de los impíos.

RAFAEL OLIVER, Sch. P.

LA OBRA DE CALASANZ

Qué puede decirse para ensalzar una vez más la gloria del Fundador de nuestra querida madre la Escuela Pía, nuestro venerable Patrono San José de Calasanz, que no lo hayan escrito plumas mucho mejor templadas que la mía, que no lo hayan dicho mil veces ya tantos como han colaborado en nuestra Revista en los años anteriores que lleva de existencia? Por eso y ante mi escasez de fuerzas, la perplejidad me embarga al escoger tema para festejarlo, al intentar espigar del frondoso jardín de su vida, llena de virtudes heroicas, la flor olorosa para engarzar en la corona que anualmente tejemos en su honor.

Rodeado de sus hijos, desde mi más tierna niñez hijo también, con ellos he aprendido á cantar las glorias de nuestro Padre común, del bienhechor de la humanidad, y por eso creo cumplir con un deber de gratitud para con el Padre así como también para con sus hijos, al aportar este pequeño grano de arena, esta humilde ofrenda de reconocimiento; al unir mi humilde voz al coro universal de alabanzas que se entona estos días en honor de Calasanz.

Por sus obras se conoce á los hombres, y, en efecto, si contemplamos, aunque sea por breves momentos, la obra monumental de Calasanz, única en el mundo, y pensamos en las vicisitudes y contrariedades por que la vió pasar su Fundador, sus esfuerzos titánicos, coronados con el más lisonjero éxito, para salvarla y la acción redentora que ella representa para la humanidad, llegaremos sin duda á vislumbrar, aunque sea pálidamente, la grandeza, la gloria de nuestro Santo.

Calasanz fué desde su más tierna niñez el enemigo más encarnizado del infierno, con el que combatió cuando no con-

taba más que 5 años, en la persona de Satanás, y andando el tiempo había de arrancarle millares de almas llevándolas del camino de perdición á la senda del bien, formándolas y educándolas para mayor honra y gloria de su Dios.

¡Qué hermosa y grande la obra de Calasanz! ¡La educación de la juventud, de la infancia, de la clase menesterosa, de aquéllos que sin su caridad y celo inagotables se hubiesen visto privados de las luces intelectuales y morales para permanecer siempre sumidos en las tinieblas de la ignorancia, hundidos en los cenagosos charcos del vicio y atascados en los lodazales de la impiedad y herejía!

Para las grandes dificultades depara Dios siempre también los grandes hombres y así cuando más revuelta se hallaba la Iglesia Católica con la escisión de Lutero y sus secuaces; cuando las nuevas doctrinas iban tomando arraigo en el imperio germánico para extender desde allí su maléfico influjo á todo el continente europeo; cuando los príncipes católicos se destrozaban mutuamente, gastando fuerzas y energías que empleadas para la Religión, podían salvarla inmediatamente de aquella terrible tormenta que amenazaba convertirse en catástrofe; cuando las costumbres, ya relajadas de sí en aquella época, habían llegado á un nivel de bajeza inverosímil y la pureza de la fe amenazaba mancharse aún en las mismas congregaciones católicas, y el mismo clero vacilaba y obraba á influjos de príncipes y poderosos, apareció la gallarda figura del noble aragonés que realizando una verdadera revolución social, comenzó á reedificar la sociedad desde sus cimientos. «Los jóvenes rociados en su primera edad con las aguas de la verdadera fe, se muestran en la edad madura como encinas centenarias, inmóviles en medio de las grandes tempestades», le escribía el Cardenal Príncipe de Dietrichsstein, y, en efecto, los jóvenes que recibían su educación en las escuelas que Calasanz dirigía, solo al principio, con algunos entusiastas después, admirados por su ejemplo sin par y atraídos por su virtud inmaculada, se formaban en el santo temor de Dios, convirtiéndose por medio de la instrucción en base de la regeneración de su patria.

Si la sangre de los mártires fué semilla de cristianos, las persecuciones de que eran objeto éstos y de un modo especial la Escuela Pia, daban nuevos bríos á Calasanz para proseguir la obra de redención emprendida, fundando nuevos noviciados y escuelas en que conquistar la niñez desvalida para el cielo.

Y así fué como admirados de las virtudes de aquel sabio varón, el naciente instituto se vió asediado de pretendientes que deseaban seguir sus huellas, jóvenes en su mayor parte, que renunciando á los honores y riquezas mundanas, se disponían á pasar su vida en la pobreza evangélica, consagrándose por completo á la enseñanza de la humanidad.

En poco tiempo aquel pequeño retoño plantado por él en la Ciudad Eterna, regado con el rocío de la gracia, crecía con rapidez vertiginosa hasta convertirse en árbol gigantesco, cuyas fuertes raíces se extendían por la Europa entera; pero... ¡ay!, entre sus frondosas ramas anidaban aves rapaces, hijos traidores que comían del mismo plato del gran Santó, por quien eran colmados de atenciones y que en plazo no muy lejano habían de tornar en mustia y seca aquella planta tan lozana, hasta que el hacha del leñador la separase del jardín de la Iglesia.

¡Dolores y sufrimientos inconcebibles los de aquel pobre Padre que se veía arrebatarse los hijos de manera tan ignominiosa! ¡Y con qué resignación y confianza en los supremos designios de la providencia contemplaba destruirse aquella su obra tan amada!

Pero estaban tan arraigadas sus raíces, que el árbol con el espurgo creció con mayor rapidez si cabe: y hoy, después de más de tres siglos de existencia le vemos extendido por la mayor parte de al Europa latina, y hasta en la joven América nóntanse los efectos de su benéfica sombra. Sus frutos son ópimos y sabrosos, y los que hemos tenido la dicha de mecernos en sus ramas y escuchar el arrullo del viento al mover sus verdes hojas no podemos menos que entonar un himno entusiasta de veneración y aptitud hacia aquél que lo plantó y cuidó con la solicitud de un Padre, con el cariño de un ena-

morado de la juventud, con la caridad inflamada de un Santo.

Y esta gran obra, fundada por un noble que no vaciló en sacrificar hasta lo último de sus cuantiosas riquezas en beneficio de sus semejantes, y que no contento con suministrarles el alimento intelectual y consuelo espiritual les proporcionaba el sustento material, para lo cual se veía obligado las más de las veces á mendigar de puerta en puerta un mendrugo de pan, esta obra sigue en pie, más firme que nunca, con una pléyade de hijos que imitando los heroicos ejemplos de su Fundador, no dudan en sacrificar su vida entera en pro de la niñez desvalida, sin esperar premio alguno en este mundo y sí sólo cumplir la alta misión social que por el Padre de la Humanidad les ha sido confiada.

Esta obra ha perdurado á través de los siglos, resistiendo los furiosos embates de las revoluciones que se han estrellado ante las paredes de sus colegios en que se cobijaban los hijos de los mismos revolucionarios. Y en adelante, podrán levantarse en encrespadas olas los tempestuosos mares de las pasiones humanas, pero ellas irán á estrellarse levantando nubes de blanca espuma contra esta roca, baluarte avanzado de la Iglesia Católica; podrán quizás sus mugientes aguas cubrir-la por algunos momentos, pero al renacer la calma, volverá á aparecer más fuerte y firme que nunca, sirviendo de baluarte y guía á la juventud, porque es obra inspirada por Dios á su Santo Fundador, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.

L. TINTORÉ RODRÍGUEZ

MARTRI Y FUNDADOR

Voltat d'altívols guardes y perseguit pel poble
Va pels carrers de Roma un vell de noranta anys;
Es vell; mes, com un jove redreça son cos noble;
Ja may vinclá sa força lo vent dels desengany.

Demunt sa blanca testa, lo bat del sol que crema,
 Hi cau com una pluja d'ardenta llum d'istiu.
 Què hi fa? Al cor hi porta cenyida diadema
 D'abrusadores flames de foch divi més viu.

Com criminal lo portan devant del Sant Ofici;
 Lo deixan sens lligarlo: és mans com un anyell;
 Com resignada marxa l'ovella al sacrifici,
 Aixís, sense queixarse, camina'l pobre vell.

La multitud irada, de fit a fit lo guayta;
 Abans de judicarlo ja molts l'han condemnat:
 Qui'l xiula com fanátich, qui com beneit l'empayta;
 Mes ell, com un Apóstol, camina confiat.

Dolor intens, agònich, son ánima aclapara;
 No plora perque guarda les llágrimes al cor,
 Suhor amarganta y freda rodola per sa cara:
 Los angelets la copçan en místich cálzer d'or.

Abans de judicarlo li fan un altre ultratge;
 Lo tenen llarga estona tancat a la presó.
 Malgrat que la fadiga d'aquell penós viatge
 Lo te cansat, no's cansa lo vell de fer oració.

Cau de genolls a terra, y'l cálzer d'amargura
 Demana al Etern Pare com Jesucrist a l'hort:
 Si'l mon vol que pateixi, accepto la tortura;
 Si vol ma sang, ma vida, gustós jo vuy la mort.

Sols sento que ma vida, és font que ja s'asseca
 Es flor que ja's mustiga; pel mon ja val ben poch.
 Y mentres això deya en èxtassi s'aixeca,
 Ben disposat a rèbre torments de sang y foch.

Y veu com aquells àngels, que havien replegades
 Com gotes de rosada, llur penes al carrer,
 Les treuen de la copa deixantles encastades,
 Com fulgurantes perles, en fulles de llorer.

Y veu com de les fulles ne fan una corona;
 Lo vell prou se figura que per Jesús la fan;
 Mes no, per ell l'han feta; un angelet li dona,
 Mentres gloriosos himnes los altres van cantant.

De l'èxtassi's retorna; passada la sorpresa,
 Lo tribunal que havia de judicarlo el reb,
 Y diu al auditori: no és reu, no se'l processa,
 Es just, és patriarca, és sant; se diu Joseph.

Es Fundador il·lustre de les Escoles Pies,
 Es innocent; ho falla avuy lo Tribunal.
 Per les mateixes places, per les mateixes vies
 Lo poble que abir'l veyia, que'l vegi avuy triomfal.

—Ja may, Joseph contesta. A mon humil Col-legi
 Per vies amagades descalç irà mon peu,
 Lo poble que ahir'm veyà, triomfal no vuy que'm vegi.
 Los sofriments me plahuen; es dolç sofrir per Deu.
 Y mentres s'en anava per vies amagades
 Tot sol cap al Col-legi... de nou s'ohuen los cants
 Dels angelets, que diuen en místiques tonades:
 Es Fundador y Martri Joseph de Calassanz.

JAVIER SANTA EUGENIA CIVIT, Sch. P.

A SAN JOSÉ DE CALASANZ

«Siemprevivas»

¡Qué símbolo más propio! ¡Qué compendio más sublime de la fe de Calasanz! siempreviva es la flor que representa la duración infinita; es la expresión de un recuerdo imborrable; es, en fin, una idea de perseverancia sin límites, que tampoco mustióse con el transcurso del tiempo, que resistió todos los embates y tempestades para venir á ceñir en la posteridad senda corona al remate de su obra, en la cabeza de su hija, la «Escuela Pía».

¡Cuán bella es la perseverancia! También supone como esa flor una continuidad de existencia, una serie no interrumpida de sacrificios que hoy se nos representan si retrotraemos los hechos á su origen. Allí y en todo el curso de su vida es donde nos cercioramos de las muchas cualidades que encerraba el carácter de nuestro Santo, allí entre todas, destácase principalmente una, una que sobresale en la contemplación de su historia, cual es ese constante deseo, esa ininterrupción de actos dirigidos á un mismo fin, á un fin noble entre todos los fines loables, al de la educación del menesteroso cuando éste no puede valerse de su persona, cuando todavía es incapaz de reconocer los beneficios que, indudablemente, cosecha más tarde en su lucha por la vida. Constante, representáenos su fe, por ella lo abandona todo, juventud, riqueza, honores..... por ella y con ella persevera en su tarea, por ella saca á flote en tremenda lucha con la impiedad, aquel fruto

amado de su imaginación, inspirado por Dios, aquella anhelada idea que, originaria del cielo, planteó en la tierra José de Calasanz.

Siempre vivo, sí, siempre permanecerá grabado indeleblemente en nuestro corazón el recuerdo hacia una límpida existencia altruísta, que fortificada con la práctica de las más inimitables virtudes adoptó el sello del mártir y la inmortalidad de lo eterno! Latente está todavía en nuestra memoria la expresión de esa alma candorosa, que tendió á regenerar la humanidad por sus raíces; recientes, muy recientes, aunque de ejecución lejana, son sus sacrificios por la niñez, por ese ser social embrionario que, al llegar á edad madura, puede, gracias á ellos, vivir en la sociedad con el santo temor de Dios, principio y fin de todas las cosas.

¿Cómo no ha, pues, cada vez que llega esta fecha, de repercutir en lo más recóndito de nuestros sentimientos el cariño hacia el padre, hacia el padre amantísimo cuyos hechos sobrenaturales, esa fe, ese sacrificio, ese altruísmo, esa perseverancia..... le llevaron á la veneración en los altares? Ciertamente que éste ha de crecer y agigantarse como lo hace á los ojos de sus hijos que, tomándole por otra nueva estrella de salvación, siguenle en su camino de peregrinación por la tierra.

¡Calasanz! Ese ser sobrenatural que sintetiza un carácter de hierro y voluntad enérgicas en cuanto se refiere al sacrificio de su persona en aras de la juventud, ya no existe entre nosotros, materialmente hablando! Dios le eliminó de la tierra, para sentarlo en trono celestial conseguido á través de un duro vía-crucis; de su cuerpo no quedan más que reliquias conservadas en arca santa para la adoración de las gentes; pero si como humano no pudo sustraerse á las leyes que rigen la materia; en espíritu vive todavía Calasanz, y vive entre nosotros porque su obra está viva, porque la consecución de un ideal divino ganado á tan caro precio no está regido por las leyes naturales, porque, en una palabra, la Escuela Pía, esa finalidad ambicionada por nuestro Santo, le mantiene entre nosotros, pese á la evolución de los tiem-

pos y al modernismo de un progreso racionalista, que no pueden destruir el impulso que ha cuatro siglos le imprimió su Fundador.

Pero á fuer de agradecidos, no podemos menos de reconocer que si beneficio obliga, el que recibimos de Calasanz, por mediación de sus sucesores, más que obligar, nos impone absolutamente la sinceridad de nuestro amor; hacia él, pues, que no vaciló por nada de este mundo á fin de reconquistarnos la salvación eterna, va hoy nuestro cariño, para ese hombre niño entre los hombres es hoy nuestro recuerdo; pequeños somos, en relación á la magnitud de su obra, es verdad, pero en este día, cuando tratamos con más ahinco que en los otros de abrazar su causa, ella nos engrandece, ella nos da ocasión á renovar los votos que para el porvenir de nuestra alma y perpetuación de su obra impetra de nuestro Creador allá en los cielos.

Ved, pues, cómo he hecho bien en escoger el símbolo de lo eterno, para alabar una obra que, apartándose de lo natural, ha trascendido en toda su intensidad á nuestros días; es el premio que Dios quiso concederle en relación á los méritos contraídos, es el goce de la tranquilidad á que se hizo acreedor aquí en la tierra, donde la despreció por entero en beneficio de sus semejantes: y si Dios, con su poder infinito, aplaude y perpetúa lo hecho por su hijo, á nosotros sólo nos está reservado hincar las rodillas y rogar á S. José de Calasanz por la continuación de la Escuela Pía, por los siglos de los siglos.

RAFAEL MARTÍNEZ DOMÍNGUEZ.

LA MADRE Y EL APÓSTOL

Inter nebulas gloriae
Eccl. 50-8.

I

Desde lejos vinieron, amantes,
De diversos países y climas,
Con luz en el alma

Y con ansia en el pecho tan viva,
Que en sus alas amor los llevaba
Y sus plantas apenas sentían
Del camino las ásperas piedras,
Las duras espinas.

¡Los Apóstoles vienen á verla
Salir de esta vida!
¡Quieren ver la postrera mirada
De la Madre que fuera su guía,
Recibir el suspiro postrero
Del amor que sus pechos anima!
¡El destello final que despide
La estrella del día!

Y lo alcanzan...! Y en blanco sepulcro,
Entre flores y aromas y mirra,
Más hermosa que nunca, descansa
La Madre dormida!

Anublaron los ojos las lágrimas,
Se humillaron las frentes caídas...
¡Ha muerto la Madre,
La Madre bendita!
Y al alzarse de nuevo las frentes,
Y al abrirse otra vez las pupilas,
¡Los Apóstoles miran absortos
La tumba vacía!

Viva luz resplandece en el cielo;
Nunca el sol la tuviera tan rica.
¡Entre nubes de gloria reinaba
Radiante, imprecisa,
Ingrávida y pura,
Rodeada de arcángeles, viva,
La Maestra, la Madre, la Reina,
La Virgen bendita!

¡Entre nubes! ¿Acaso era el llanto,
El dolor que las almas destilan,
El largo martirio,
La dura fatiga
Que al apóstol espera en la tierra,
Al sembrar de la fe la semilla?

Sí; son nubes que lanza implacable
La tierra enemiga;
Mas se tornan en nubes de gloria
Que circundan tu trono ¡Oh María!
Donde siempre te ve el alma ardiente

Del apóstol serena y tranquila.
 ¡Qué le importa el dolor y la muerte!
 ¡Qué le importa la dura fatiga,
 Si nunca se extingue
 Su faro y su guía!

II

Y pasaron los siglos... Y un hombre
 De alma heroica, humilde, sencilla,
 Rodeado de niños,
 Hallábase un día
 Ante el ara postrado de hinojos,
 A tu imagen mirando divina.
 «Salve Reina», decían sus labios;
 «Salve Madre», los niños decían,
 «Dulzura, consuelo,
 »Esperanza, vida...
 »Desde el valle de lágrimas, triste,
 »Hacia Ti el desterrado suspira»...
 Sonreíste en los cielos ¡oh Reina!
 Y en la tierra brilló tu sonrisa,
 Y el Dios-Niño que abarcan tus brazos
 Con sus manecitas
 A José y á sus niños bendijo...
 ¡Y tus manos también bendecían!
Entre nubes de gloria apareces:
 Tus reflejos al Santo iluminan.
 Sí, son nubes: dolor de una madre
 Que encuentra sin vida
 Al pedazo de su alma que, inerte,
 A los brazos del Santo confía.
 ¡El niño está muerto!
 ¡Sin consuelo la madre lo mira!
 ¡Son nubes de gloria!
 Que vuelve la vida
 A los lívidos ojos del niño,
 A sus miembros que alegres se agitan...
 ¡En los aires, del Santo y sus niños
 La súplica aun vibra!
 ¡Entre nubes de gloria! ¡oh Señora!
 Se ve tu sonrisa!

III

Destrozado por recias tormentas,
 Roto el mástil, deshecha la quilla,
 Del humilde bajel sólo quedan

Lloradas reliquias.
 Las tablas flotantes
 De la Escuela Pía
 Aun sostienen impávidos, firmes
 Y tristes, sin ira,
 A los últimos hijos del Mártir
 Que en el lecho de muerte agoniza.
 Las olas son grandes,
 La noche es sombría,
 Densas nubes el cielo encapotan,
 Huracanes las aguas agitan.
 ¡Inmundas pasiones,
 Ruines envidias,
 Del demonio el poder formidable,
 Del infierno la rabia infinita!
 ¡Calasanz! De martirio sin nombre
 Yace humilde víctima,
 Que el dolor se clavó en sus entrañas
 Con zarpazo de fiera maldita
 Y la negra aflicción al apóstol
 Entre lóbregas nubes abisma.
 ¡El Santo se muere!
 ¡El Padre agoniza!
 Mas el Santo no exhala una queja,
 El buen Padre á sus hijos anima;
 Y de pronto sus ojos radiantes
 Estáticos miran...
 ¡Eras Tú, Madre hermosa y clemente,
 Que rasgaste las nubes sombrías,
 Y *entre nubes de gloria* apareces
 De la luz de los cielos vestida!
 ¡Eras tú dulce estrella del náufrago
 Que entre escollos y sirtes bravías
 La conduces al puerto seguro
 Donde el alma reposa tranquila!
 A tu excelsa visión el apóstol
 Anchos mares profético mira
 Que surca la nave
 Al soplo de brisa
 Blanda y suave, sin miedo á las olas
 ¡Porque Tú la guías!
 ¡Eras Tú, la Maestra, la Madre
 De la Escuela Pía!

MANUEL SÁNCHEZ IGLESIAS, Sch. P.

EL EDUCADOR DEL PUEBLO

A José de Calasanz cuadra con justo é indiscutible título ese noble calificativo, por ser el primero que para la instrucción y educación de las clases populares estableció un Instituto religioso, que, á los tres votos comunes á todos los de esa índole, añade otro especial y privativo suyo; el de enseñar gratuitamente á los niños la piedad y las letras.

Es un hecho incontrovertible que hasta que la Escuela Pía se fundó, nadie había peusado en crear una Asociación, cuyo objeto, en fines docentes y educadores, sin percibir por ello estipendio alguno, principalmente consistiera, por más que la Iglesia católica desplegó siempre muy solícito celo, en difundir y popularizar la instrucción pública; y sólo mucho después de fundada la Orden Calasancia, fué cuando pensaron algunos Gobiernos en establecer la enseñanza oficial gratuita y por ende, asequible, á todas las clases sociales.

Y cuenta que la obra de Calasanz, por lo mismo que responde á una necesidad social de carácter permanente, es de una estabilidad y duración iguales á las que la sociedad alcance; porque á enseñar á los niños y adolescentes, junto con la instrucción primaria, la piedad y los eternos principios de orden y de justicia, enderézase, en primer término, obra tan culta y civilizadora.

Mas hoy doblemente necesarias son instituciones de esa clase que vengan á neutralizar y destruir la disolvente y envilecedora enseñanza que en las escuelas laicas directamente, y por medios indirectos en otras, se suministra en estos aciagos tiempos.

En las escuelas cortadas por el patrón de las laicas, que este carácter vienen á revestir las impropriadamente denominadas neutras, se inspira odio implacable á la religión, la familia, la patria y el ejército, á pesar de la ley de jurisdicciones, y para decirlo de una vez, á todo lo que es indispensable para la subsistencia del orden social: por eso, más que seres racionales nacidos para vivir en sociedad con los demás hom-

bres, fórmanse en esos abominables centros verdaderos monstruos de la naturaleza, de más feroces instintos que las hienas y los chacales que pueblan las selvas solitarias y los áridos desiertos.

Por el contrario, en las Escuelas Pías y en las de las otras Ordenes religiosas instrúyese sólidamente la inteligencia y se educa cristianamente el corazón; así es que de ellas salen jóvenes, además de perfectamente instruídos y educados, temerosos de Dios, amantes de la virtud y el bien, de la verdad y de la justicia, dóciles al suave yugo de la ley y de la autoridad y fieles cumplidores de los deberes religiosos, morales y sociales que á la criatura racional plugo á su Criador imponer para la realización del fin social y el conseguimiento del último y supremo destino del hombre.

Proteger, pues, por todos los medios la enseñanza escolapia y la de las otras Ordenes religiosas, deber ineludible es de todo buen católico y de todo amante del orden social; deber que por lo anteriormente expuesto y por la tendencia, cada vez más acentuada, de algunos de nuestros gobernantes á querer arrancar de manos de dichas Ordenes la instrucción de la niñez y de la juventud, adquiere en los presentes tiempos mayor fuerza obligatoria.

A este fin, por demás censurable, á la *laicización* de la enseñanza se encaminan ciertos planes que se atribuyen á uno de los partidos turnantes en el poder, llegado que sea el día en que aquél tome en sus manos el timón de la nave del Estado; y aun se añade que para el planteamiento de tan desdichados planes, por enemiga á las Ordenes religiosas, no reparará en que disminuyan los institutos de segunda enseñanza, lo cual, sobre irrogar grave perjuicio y enorme quebranto á la cultura en general, daría lugar á que muchos hijos del pueblo, sobre todo en poblaciones subalternas, no puedan seguir carrera literaria, aunque se sientan para ello con decidida vocación y notorias condiciones y aptitudes.

Ahora medita, pueblo, y compara; mira á los que, titulándose y todo tus amigos y redentores cierran á tus hijos las pueras del saber y de la ciencia, y acaso las de las altas posi-

ciones sociales, sólo por que tu pobreza impide sufragar los gastos que exige el seguimiento de una carrera; mira, por el contrario, lo que hacen los Padres de la Escuela Pía, consagrarse gratuitamente nada menos que con voto solemne á la instrucción y educación de tus hijos. Medita y compara.

Rindamos, en el día de su fiesta, homenaje de amor y gratitud al pedagogo por excelencia, al gran José de Calasanz, al Mentor de la niñez pobre y desvalida, lumbrera esplendorosa en el horizonte de la Iglesia, portaestandarte de la civilización, la cultura y el intelectualismo, ínclita gloria del nobilísimo solar alto-aragonés.

MANUEL CASASNOVAS SANZ.

LA PRIMERA COMUNIÓ DE SANT JOSEPH DE CALASSANS

Llegenda religiosa

I

A passes gegantines, darrera de la serra,
Fugint de les tenebres, marxava'l sol ardent,
Y de la nit en braços per ovirar la terra
N'eixien les estrelles brodant el firmament.

L'alosa, en la boscuria, s'adorm entre les branques,
La cerva assedegada reposa vora'l riu;
Vora la font que llisca formant escumes blanques
Basteix entre les fulles el rossinyol son niu.

Tot dorm; y les tenebres estenen son imperi
Y arriben a l'Esglesia y enrotllen mon Amor,
Que diu per consolarme del cim del presbiteri:
—Yo dormo en el Sagrari, mes vetlla lo meu Cor.—

Ell dorm en l'Hostia santa, qu'amaga sa hermosura,
Com perla qu'ha triada del mar l'immensitat.
Ell dorm... mes no; aqueix somni n'és sols una figura.
Son cor, que tant m'estima, viu sempre desvetllat.

Dormiu, Jesús dolcíssim, dormiu, Rey de ma vida,
Què hi fa qu'en somnis dolços digau:—Yo estich dormit;
Si en núbols de misteri, mirant vostra ferida
Puch veure qu'os batega lo Cor dintre del pit?

De nit y dia encesa la llantia del Santíssim
Ab llum esmortuida rodeja l'altar sant;

Tot dorm en les tenebres; sols vetlla'l Cor purissim
Y un nin hermós y tendre sospira al seu devant.

Més bell que lliri d'ayga, n'apar una figura
De marbre, vera imatge de l'àngel de l'amor.
De perles una aumosta rodeja sa cintura;
Y espatlla enrèrre penjen ses rutils com fils d'or.

Baixant a voladuries, ab cànctichs l'adormeixen
Los serafins més rossos, que semblen sos germans;
Allá d'allá s'escolten cent veus, que barbotejen
Son nom, y en lo misteri les voltes repeteixen
Com cítares divines: «Joseph de Calassans...»

II

L'infant s'adorm en braços d'un àngel que devalla;
Y entrant per la finestra de vidres de colois
Un raig de lluna'ls besa lo front y'ls embolcalla,
Com besa, a trench d'albada, la llum les gayes flors.

Miraulos; l'un y l'altre s'uneixen com s'unien
Jesús ab son Deixeble sobre son Cor dormit;
Y en ales d'eixos llaços de bat a bat s'obrien
Al nin, tots los misteris d'amor de l'Infinit.

Com áliga s'aixeca, y amunt, d'una volada
S' en puja com la flayra que vessa a dolls el maig,
Y en somnis sent qu'aixamplen son cor d'una llançada,
Omplintlo de dolçures y gracies a bell raig.

Dolcíssima ferida, que'l pit de l'home aixamples,
Y a plenes mans hi aboques l'amor del Fill de Deu,
Qu'encar que cels y terra y espay troba poch amples
Uneix lo cor dels homes ab lo mateix Cor seu.

Oh unió d'eterna gloria! Oh llaç de dolça vida!
Per l'ànima que lligues la terra no es felíç,
Y eixint del mon, en l'ayre volant d'amor ferida
Reposa vora'ls àngels, al cim del Paradís.

Somnia encara y l'àngel sobre son cor l'apreta;
Y en somnis creu que'l pujen en braços cel amunt,
Hont veu que giravolten en professó desfeta
Los astres, que s'estimben, llensantse d'un a un.

Oh dolces canticels de veu encisadora,
Suans com los arpegis del ventitjol d'abril!
Oh cel per qui sospiro! Oh cel que'l cor anyora!
Si't miro en nit serena ta imatge m'enamora
Y veig, que mentres vetlles, lo mon s'adorm tranquil.

III

Lo nin somnia encara, quan veu que la portella
Que tanca'l Tabernacle s'ha obert de bat a bat,
Y n'ix com papellona, que cerca flor més bella,
Rient com cel blavíssim, Jesús son Estimat.

Al vèurel que s'acosta d'amor son pit flameja,
Girantse vers l'imatge com mústich girassol,
Qu'encès en roges flames de bon matí festeja
La llum que dona vida, la vera llum del sol.

Lluytant per aixecarse lo somni s'esvahia,
Y veu voltat d'arcàngels a son Amor diví;
Y obrint los ulls, pensantse que boy despert somnia
Creu veure'ls cels puríssims qu'han devallat allí.

Cobert de blanca vesta n'apar Jesús, la rosa
Que'l vent de matinada besantla al front desclou;
La flor de l'englantina que vora'l riu plorosa
Son cálzer esparpella que'l suau oreig remou.

Jesús desplega'ls llavis, els llavis que formaren
Al bell matí dels segles, d'un *Fiat* l'Univers.
Els llavis sagratíssims que'ls homes regalaren
Ab fel de ses follies, vinagre de plahers.

—Fill meu, m'estimes?—diuli—Deu meu amorosíssim,
Dolçura de ma vida, vos aymo de tot cor,
Infant per qui sospiro, Jesús, Jesús dolcíssim,
A cambi de mon ánima, donaume vostre amor.—

Jesús aixeca'ls braços, y al veure l'Hostia pura
L'infant d'amor batega, mirantla fit a fit;
Dos ángels se li acosten de célica hermosura
Posantli una patena daurada sobre'l pit.

—Ecce Agnus Dei—li diuen—Indigne soch d'entrarvos—
Respón y dugues perles degoten rostre avall.
—De rebreus n'és indigne, indigne d'estimarvos
Mon cor, de negres faltes y culpes enfilall.—

Jesús enlayra l'Hostia que'ls ángels cobricelen
Y diu:—Mon Cos Santíssim te guardi eternament—
L'infant somriu y plora, les llágrimes entelen
Sos ulls y Deu mirantlo l'abraça dolçament.

—Jesús, en vostres braços, sentint les bategades
De vostre Cor, me sento complertament feliç;
Vullau donarme sempre tan dolces abraçades
Y jo viuré la vida d'amor del Paradís.—

—Què fer per demostrarvos l'amor que m'empresona?
Vos plau mon cor? Preneulo; ma vida y tot prenèu,
Donaume del martiri la palma y la corona,

Donau me vostres llagues, donau me vostra Creu.—
 —Yo posaré en tos llavis vinagre per vegada,
 La terra en sos desvaris un jorn t'aborrirá,
 L'inferrn voldrá engolirte, mes Yo vindré en ta ajuda,
 Mon Cor, que tant t'estima, molt més t'estimarà.—

Digué Jesús, sos braços del coll enretirava
 Del nin, qu'en terra encara quedava en oració
 En tant qu'en les dolçures son cor se revejava
 Del sacre Pa Eucarístich, la dolça Comunió.

Lo sol altre vegada per l'Orient eixia,
 Saltant de branca en branca reflen los aucells,
 Lo lliri vora l'ayga son cálzer entreobria
 Y un raig de llum hermosa del sol ixent cobria
 Los gòtichs capitells.

ANTONI FONR de la V. de Montserrat, Sch. P.

LOS HÉROES DE LOS SITIOS Y LA PARROQUIA DE S. PABLO DE ZARAGOZA

Brillantísimos resultaron los festejos cívico-religiosos dedicados á conmemorar el Centenario de los Sitios en la parroquial iglesia de San Pablo de Zaragoza los días 4, 5 y 6 del actual.

Y como que al realce de esas fiestas contribuyó muchísimo la parte activa que tomaron nuestros Padres y alumnos del Colegio de Escuelas Pías que está enclavado en aquella antigua parroquia, y especialmente con su patriótica y elocuentísima oración fúnebre el Muy Rdo. P. José Calasanz Rabaza, Provincial de las Escuelas Pías de Valencia, por eso damos cabida en las páginas de la ACADEMIA, para solaz de los lectores, á la hermosa reseña del día 4 que de aquellas fiestas hace *El Noticiero*, diario católico que ve la luz en la ciudad de la Virgen del Pilar.

LAS HONRAS FÚNEBRES

A las diez comenzaron á acudir al templo de San Pablo las autoridades y numerosas representaciones que el día anterior habían asistido al acto de izar la bandera, siendo de notar en la corporación del Ayuntamiento el gran número de concejales de la mayoría republicana.

El Excmo. Sr. Arzobispo, autoridades y demás invitados ocuparon los sitiales y asientos preparados delante del presbiterio.

Las representaciones de los Capítulos eclesiásticos, sacerdotes y comisiones de los institutos religiosos ocuparon el coro, en cuyo centro se

veían los sacerdotes de las Escuelas Pías con gran número de provinciales.

El resto de la iglesia fué completamente ocupado por los fieles.

El templo de San Pablo presentaba aspecto majestuoso y solemne realzado por el ornato fúnebre de sus muros y columnas y por el sencillo, pero majestuoso túmulo, sobre el cual hallábase desplegada la bandera nacional enlutada con un gran crespón.

A las diez y media dió principio la Misa, oficiando D. Casimiro López, dignísimo cura párroco de dicho templo.

La Capilla del Pilar, dirigida por el inteligente maestro D. Ramón Borobia, ejecutó con verdadera maestría la Misa de *Requiem* del inspirado maestro Cariñena, en cuya ejecución son dignos de mencionarse los obligados de tiple, contralto y bajo de la *Sequentia*, cantados con gran precisión y gusto por un infante y los Sres. Larreta y Lorente, respectivamente.

Terminado el funeral, ocupó la sagrada cátedra el R. P. José de Calasanz Rabaza.

LA ORACIÓN FÚNEBRE RELIGIÓN Y PATRIA

Pocas veces sintió nuestro espíritu emoción tan profunda, tan intensa, y nuestro corazón quedó anegado en un mar de santo patriotismo, como ayer, cuando escuchábamos la oración fúnebre pronunciada por el padre José de Calasanz Rabaza en las solemnísimas honras celebradas en la antiquísima iglesia de San Pablo, en sufragio de las almas de los héroes de 1808 y 1809.

El P. Rabaza, con su incomparable estilo retórico, con la brillantez de las imágenes que con tanta sencillez y poesía presentaba, con sus pensamientos hermosísimos y con la expresión conmovedora de sus amores hacia la Religión, hacia la Patria y hacia los héroes que dieron por ambas sus vidas, despertó nuestros entusiasmos y nos hizo conocer á fondo la VERDAD única é intangible de los Sitios de Zaragoza.

El orador habló al pueblo, y éste le comprendió perfectamente. De aquella muchedumbre que se cobijaba bajo las bóvedas del templo parroquial apoderábase el mágico encanto de la palabra del Escolapio, porque esta palabra era la traducción fiel de lo que el pueblo en aquellos momentos sentía sin expresarlo, porque era la voz de la verdad, la voz del creyente, la voz del patriota.

Aquella voz tonante fué gradualmente caldeando nuestros entusiasmos, y al final, cuando el orador calló, un ¡Viva la fe aragonesa! salió de aquella muchedumbre emocionada, de aquellas mujeres cuyos rostros surcaban lágrimas abundantes, de aquellos hombres que no podían reprimir los precipitados latidos de sus corazones.

*
*
*

¿Qué dijo el P. Rabaza para así conmovernos?

Difícil tarea es, para un periodista que siente, saber reprimir sus impulsos y seguir palabra por palabra, fríamente, el discurso de un orador que sugiere y que posee una abrumadora facilidad de expresión. Haremos, pues, la síntesis y que ésta sea una muestra, aunque pequeña, de la magnitud de la oración fúnebre.

Que habló al pueblo, lo hemos dicho: al pueblo leal, valeroso, que está siempre y á toda hora junto al Pilar de María, en presencia ó en espíritu, que sabe muy bien lo que es nobleza y lo que es Religión.

Padre Boggiero, hermano mío — exclamaba — que hace un siglo multiplicaste tus energías dando ánimos á los defensores de Zaragoza, que diste tu sangre en holocausto de la Religión escarnecida y de la Patria ultrajada, reencárnate, vuelve á la vida y contempla este acto solemnisimo.

El padre Rabaza, con entrecortado acento, emocionado, explicaba por qué estaba allí, en la cátedra sagrada, y decía: ¿Cómo no he de estar aquí, entre vosotros, si soy español, si soy aragonés y además escolapio; si recuerdo muy bien que hay sangre de mi patria chica sobre el solar zaragozano, que muchos turolenses murieron en la defensa heroica del reducto del Pilar?... Además: ¿quién que haya nacido en España no saldrá á la defensa de la Inmortal Zaragoza, cuna de la grandeza?

El hecho que aquí se conmemora — dijo — es la afirmación más grande de la Religión y de la Patria. Voy á probarlo; pero antes de pasar adelante quiero seguir la noble conducta de aquellos zaragozanos ejemplares que no llevaban á cabo ninguna acción sin tomar entre sus manos la bandera de España y marchar ante el Pilar de la Virgen para exclamar reverentes: Ave María.

*
*
*

Los grandes acontecimientos tienen su afirmación y su negación.

En esta conmemoración, la afirmación es lo que los Sitios de Zaragoza representan, y lo que representa el centenario está frente á la negación. Napoleón es la negación de la Religión y de la Patria.

Repito — decía — que Napoleón es la negación de la Religión y de la Patria. Era hijo, moralmente hablando, de una mala madre, de la Revolución inicua que rompió los lazos de la sociedad y de la familia, destruyendo las creencias; era hijo de una madre libertina y fué, por lo tanto, un tirano, hasta el punto de ser el primero que se vengó de su propia madre.

Hijo de la Revolución, Napoleón representaba la negación de los ideales religiosos, y ahí está la historia que nos dice cómo el Pontífice Pío VI fué esclavo de sus tiranías.

El orador dijo que no quería recordar frases como aquella de que al rumor de los pies del caudillo vacilaban los tronos.

No quiero recordar — exclamaba — lo que el caudillo hizo en España, lo que nos trae á la memoria los Sitios de Zaragoza. Aquí hemos sido víctimas, desde los más legendarios tiempos, de la irrupción de hordas salvajes, de falanjes mahometanas, de hombres que sólo la barbarie podían alegar como ejecutoria, y ni los bárbaros, ni los salvajes, ni los mahometanos llegaron al grado de osadía de las tropas napoleónicas: aquéllos respetaron los templos, no profanaron los sagrarios, no escarnecieron las vírgenes, esposas del Señor; y los hijos de la revolución francesa, sí.

Porque yo no diré nunca que fueron los hijos de Francia, no: eran los hijos de la Revolución impía, los secuaces de Napoleón.

Eran los enemigos de la Religión y en todos aquellos lugares de España donde ponían su planta, ningún escándalo, ninguna profanación, por monstruosa que fuera, quedaba sin realizarse. Eran los que mataban á los sacerdotes cuando tenían á Dios entre sus manos, para más escarnecerlo.

El P. Rabaza demostró la impiedad de Napoleón, al mismo tiempo que la confianza ciega que tenía en su poderío, citando una de sus frases: «Esa nación de frailes ignorantes, antes de tres meses será nuestra».

Y con hermosura de palabra describió después cómo ese odio de los franceses hacia la Religión se desbordó en la ribera del Ebro, atacando el reducto del Pilar. ¿Por qué tal frenesí? — se preguntaba. — Porque sin duda aquel ejército vió sobre el puñado de valerosos hombres que defendían el reducto, á la Virgen del Pilar, y acariciaron la idea de destrozarla.

La voz del P. Rabaza alcanzó los más subidos tonos; difundíase atornadora por las naves y dejaba sobrecogido el ánimo cuando evocó las ruinas de Santa Engracia, de San José, del Hospital, á los defensores destrozados, á las vírgenes ultrajadas, á los sacerdotes y frailes vilmente asesinados para que se alzasen todos y llevasen su protesta, protesta de ángeles libertadores, contra aquellos impíos salvajes.

*
* *

Napoleón era, pues, una negación de la Religión y de la Patria.

El orador nos cuenta cómo puso en función sus arteras combinaciones aquel capitán del siglo. Comparó al pueblo español con Sansón cuando cayó preso en las redes que le tendió Dalila. Ésta, representada por el águila francesa, acarició al Hércules, le habló melosamente, le cortó las uñas, le fué limando los dientes y acabó, traidora, por cortarle los cabellos.

Así obró Napoleón y entonces cuando la traición había triunfado,

tomando todos los puntos estratégicos, creyendo tener dominados á los españoles, exclamó con orgullo: Ya sois mis esclavos.

¡Maldición! — como gritó el poeta, decía el orador: Muertos, sí; esclavos, no; nunca.

Y acto seguido el P. Rabaza contó cómo España supo levantarse y destrozar al ejército de Marengo y Austerlitz, cómo se desarrolló la tremenda lucha del león y del águila y cómo probó á los franceses que en el solar patrio la palabra *capitulación* sólo era patrimonio de los generales traidores y de los soldados cobardes. Fué un período magnífico.

Contó también cómo la traición intentó atar las manos de los españoles para abrir las puertas al enemigo; cómo — y vergüenza me da el decirlo — exclamaba — llegó á encarnarse en España, pero probó que á pesar de los traidores se presentó cara á cara, frente á la negación del caudillo impío, la afirmación de la conducta del pueblo que de la traición no estaba contaminado.

Nos habló de cuando Lefèvre decía: «Entraré en Zaragoza á pesar de los treinta mil imbéciles que la defienden porque la posesión de esa ciudad es para mí cuestión de partido». ¡Imbéciles! — exclamaba el P. Rabaza... no. Frente á esa afirmación de nuestra imbecilidad, de nuestra poca valía, se levantó el pueblo de Zaragoza y no cerró sus puertas porque no sé si hay quien crea que se le puedan poner puertas al campo... Sombras benditas, levantaos, cubrid los recintos, probad á esos ejércitos cómo se conduce el carro de la Victoria... Mostrad vuestro valor, vuestro heroísmo... morid anegados en un Océano de gloria... Venid todos.

(Concluirá)

Arbol Calasancio

Día 25 de agosto de 1648. — Muere en la paz del Señor el Santo Fundador de la Orden de regulares pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías, bendiciendo á sus hijos que le rodeaban y diciendo tres veces: — ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!, dando sepultura al venerable cadáver el 27 del mismo mes, día en que se celebra su festividad.

— *En la parroquia de Abárzuza.* (Navarra). — Muy brillante y conmovedor resultó el triduo celebrado los días 15, 16 y 17 del corriente en la religiosa Abárzuza; pero muy particularmente el día 17. Ante las autoridades locales, los Rdos. PP. Rectores de Ntra. Sra. la Real de Irache y Estella, representaciones de las Congregaciones, Hermandades y Cofradías de la parroquia, el Rdm. P. Ramón Querol ex Vicario General de las Escuelas Pías de España y América, descubrió la lápida colocada en

el interior de la Iglesia. que el Ayuntamiento y vecinos dedicaron al ínclito Fundador de las Escuelas Pías, San José de Calasanz, descendiente del primer Rey de Navarra, Señor de Abárzuza y de las Amézcoas, don García Giménez. Luego hubo procesión con la Reliquia del Santo Fundador, Misa solemne y Te-Deum, estando encargado del sermón el Reverendo P. Valentín Caballero, Maestro de Juniores de Irache.

Por la noche hubo función religiosa dedicada á la Inmaculada Virgen de Lourdes terminando con regocijo público, volteo de campanas y castillo de fuegos artificiales.

¡Bien por la religiosísima Abárzuza que así sabe honrar la memoria de su más preclaro descendiente!

—*Escuelas Pías de Moyá.*—El día 9 de los corrientes hicieron su profesión de votos simples trece novicios de las Escuelas Pías de Cataluña, en la Casa-Noviciado de Moyá.

La función resultó solemnisima. En el altar mayor, profusamente iluminado, se destacaban, bajo rico dosel de damasco, las Imágenes de María Inmaculada y de San José de Calasanz. Los novicios interpretaron la Misa *In honorem Sancti Josephi Calasancii* del Maestro Ravanello, con acompañamiento de armonium y quinteto.

El Rdo. P. José Concabella, Vicerrector del Colegio de Mataró, fué el encargado de dirigir la palabra á los profesandos, y por cierto que lo hizo á satisfacción de todos, estando acertadísimo y arrebatador al hacer aplicación á los novicios que habían de pronunciar sus votos, del pasaje de San Pablo: *spectaculum facti sumus mundo et angelis et hominibus*.

Por la tarde, se despidieron los neoprofesos de la Virgen de Montserrat cantándole una hermosa plegaria, letra de uno de ellos, y música de la conocida composición de Vives, L'Emigrant. En la imposibilidad de copiar íntegra la poesía, me limitaré á transcribir los siguientes fragmentos:

L'ÚLTIM ¡ADEU! A LA V. DE MONTSERRAT

Dolça Mare mia
Reina del meu cor
Plorant moriria
sense vostre amor.

Alt Montserrat, acrópolis sospesa
del Paradís,
No veuré més, amor de ma infantesa
ton cel blavís.
Quan cap al tart enlairi ma plegaria
del Jurra al peu
diré, mirant la patria solitaria:
Per sempre; adeu!

Si terra enllá, s'axeca entre xipresos
 la dolça Creu;
 Pregau germans, y daume ab vostres resos
 l'últim adeu.
 Sento en mon cor la trista melangia
 de l'emigrant,
 si no os veig més, prenèu, Verge Maria
 mon darrer cant.

He aquí los nombres de los neoprofesos:

- Cl. Antonio Font de la V. de Montserrat.
 » José Tous de la I. Concepción.
 » Esteban Plana de la V. de Tura.
 » Juan Camp de la V. de las Escuelas Pías.
 » Antonio Bargalló del Sdo. Corazón.
 » Juan Profitós del Carmen.
 » José Badía de Sta. Francisca.
 » José Franquesa de la V. de las Escuelas Pías.
 » Agustín Cuadras de la I. Concepción.
 » Ramón Lloró de la Sda. Familia.
 » Ricardo Rey del Sto. Angel.
 » Francisco Braun de la I. Concepción.
 » Pedro Lütz de Jesús y María.

Nuestra enhorabuena al nuevo plantel de jóvenes calasancios deseándoles la perseverancia en el nuevo estado de vida para honor de la Madre Escuela Pía.

RAMÓN PUIG, Sch. P.